



ANTHROPOS

1981-2006

25 años

2007

Meditar, orar y conversar, signos y símbolos de la estructura social y dialógica del ser humano

Cíclicamente el tiempo nos cambia la distancia, la intensidad y el sentido de la fecha de nacimiento y nos acerca cada vez más a una mutación personal desconocida y posiblemente definitiva. Es ésta la hora en que Caronte, el barquero, nos traslada de orilla y, entonces, se modifica nuestro estado y condición de vida. Estrenamos así una luz que nos muestra la fulguración que rompe zonas oscuras de ignorancia y en cuyo ámbito crecemos y maduramos ya experiencias que hoy nos constituyen en quienes somos. A ese tiempo más próximo y mediato lo llamamos *Año Nuevo* e incluso, en su inocencia, nos deseamos felicidad y nos comprometemos con el propósito de una vida diferente. Pero lo maravilloso es, en ese instante, esperar la sorpresa del propio vivir, aun en un medio social e histórico reducido, estrecho y en el que nos sentimos cercados y secuestrados por la significación más profunda de una cultura, ideas y valores hegemónicos, siempre muy homogéneos, únicos e impositivos. Por lo cual, la tensión expresiva más metafórica y simbólica se configura como la surgencia de una novedad sorprendente e inesperada, imagen y figura latente de algo inédito. Esto señala el cambio de año como una esperada metamorfosis subjetiva y operativa que incide íntegramente, en tanto forma mutacional, en todo su vivir histórico.

En este contexto vital sería una idea extraordinaria inaugurar el presente año con la adhesión íntima a un lema que poéticamente formula Rilke en sus versos de *Elegías de Duino*. Dice así: «*Todas las miradas, de todo lo que vive, / se dirigen hacia lo abierto*».

La pluralidad se convierte en ley de la realidad y el horizonte, el porvenir se califica como diversidad. De este modo, la categoría de identidad, en tanto referencia inamovible y definitiva, se queda ya al margen de toda reflexión seria y actual. Nos acercamos al desciframiento de lo que significa la potencia de lo abierto. Lo cual es tanto como decir «construir la presencia de lo que está abierto, la potencia de aquello que se propone a todos». Caminamos, pues, íntegramente hacia lo abierto, tarea ésta que habría de constituir el empeño y proyecto de la libertad de todo quehacer pedagógico. El otro, nombre y espejo de nosotros mismos, habita siempre en lo abierto. Pero vivimos en un entorno social que privilegia los cercos y los encierros, y no facilita un proceso cualitativo que deconstruya ese no ir «hacia lo abierto». Todo lo contrario. Habitualmente hemos construido nuestra intimidad con el perfil de la violencia, la instalación en el pasado y un blindaje del tiempo que impide el surgimiento de todo *novum*, de todo nacimiento con su capacidad de inventiva y creatividad, innovación del tiempo y del espacio. Todo, pues, desde el fondo somático del cosmos, apunta a lo abierto, al vacío por el que asoma y nos llega la luz y en cuyo ámbito se fulminan y rompen las normas, las leyes como realidades fijas e inmutables. Aparece entonces la ceniza de la probabilidad, el azar y la indeterminación de toda certeza o verdad que afectan al conjunto de la realidad, desde el átomo hasta el ser humano. Es así como lo abierto nos conecta con el mensaje de lo *probable*, de lo *paradójico* y lo *ambiguo*. De este modo la atención del presente se abre a múltiples creaciones de futuro. Pero lo abierto tiene un nombre esencial: lo otro, la otredad y la trascendencia de una presencia, punto omega, culmen y figura de un proceso cósmico, histórico y cultural. Lo otro expresa su dialógica por medio de dos palabras ya antiguas: meditación y oración; y una palabra más contemporánea: conversación. Las tres se refieren a la apertura de la otredad, a la diferencia y a la diversidad. El otro se constituye así en horizonte y ámbito de redes de probabilidad. Pero también el otro es límite y posibilidad. En consecuencia, nos conviene pensar juntos la dialógica, la cooperación y la participación en el hontanar de la creatividad.

La apertura del otro se concreta en diferentes formas, pero hay algunas que afirman un tradicional cúmulo de conceptos e ideas que nos iluminan especialmente y discriminan el caos inicial de una vida en proceso. Así la *meditación*, cuya función más básica, en la estructura antropológica, es descubrir y elaborar la realidad personal e inédita. La *oración*, revela la expresión de un *encuentro* trascendente con el otro, quien nos eleva a una diferente dimensión de pensamiento e intimidad. La *conversación* es el modo contemporáneo y universal de hallarse con el otro, en quien se puede mostrar operativamente su ámbito de proximidad, de igualdad y la positiva y eficiente relación entre semejantes que convergen hacia la culminación de un proceso de humanización como parte evolutiva del universo.

Meditar y orar son dos estrategias que rompen con las facticidades sociales, culturales e históricas que frenan el desarrollo de una interioridad creciente y en diálogo con la alteridad íntima.

Nos podemos preguntar en este punto: ¿de qué modo se puede elaborar el propio dinamismo interior? ¿En qué consiste y se fundamenta nuestra potencialidad interna? ¿Cómo se logra la fuerza para trascender las cosas y las imposiciones ideológicas de la cultura histórica? Finalmente, ¿qué es *meditar y orar*?

Son formas de percibir en el tiempo otros estados de realidad: la quietud, el silencio, la iluminación interior, como capacidad de ver lo otro con absoluta claridad y transparencia. Situación en la que Ángel Valente reconoce algún límite poético cuando dice: «No puede a veces alzarse al canto lo que vive». O también lo que nos cuenta este autor en otro poema: «¡Tú que puedes, / danos nuestra resurrección de cada día!». Pessoa nos deja esta sentencia conmovedora e inquietante: «Paso y me quedo, como el Universo».

Todo nos conduce hacia el punto omega, hacia la culminación de un proceso en el que se hace la luz y donde convergen toda la inquietud y deseo de dialogar con el otro, desde los adentros, un otro trascendente, amigo y destino de nuestro caminar en lo abierto. Alguien a quien se encuentra en la aurora de nuestro *meditar y orar*, en el horizonte que nos llama a ser en la diversidad y en comunión.

Son varios los autores y poetas que nos acompañan en esta felicitación y signo de los tiempos. Así María Zambrano se nos acerca desde la sombra y la insinuación de un sentir en mí la presencia del otro como desafío, implicación y decisión, expectativa: «Ver adecuadamente al semejante es la prueba suprema de la visión». Por lo cual, nos dice: «Todo ver a otro es verse vivir en otro». En consecuencia, se nos hace evidente una conclusión: la presencia del prójimo es «espejo de la vida propia». Claramente, pues, «Sólo al verme en otro me veo en realidad»... Únicamente es posible construir mi realidad desde la unidad y la compañía efectiva con el otro.

Juan David García Bacca nos recuerda que cuando la situación no coincide con la apertura del ser humano, experimentamos el acontecer de un secuestro, un espacio éste donde no es posible ni la oración, ni la meditación, ni la conversación como símbolos y experiencia de la obertura de horizonte y libertad de proyectos. En el espacio y lugar de la clerecía Juan David se sentía secuestrado «de cuerpo y alma». Su decisión de dejarlo todo y emprender una vida nueva, otra, le libera íntima e histórica y socialmente. Consecuencia de todo ello fue que perdió la fe católica y se vio a sí mismo pagano: ubicado en su interior en el ámbito de decisiones y responsabilidades.

José Ángel Valente nos señala en sus poemas el camino de la poesía como silencio y encuentro con «la materia de la música», y todo ello nos lleva a un estremecido fulgor.

Eugenio Montejo nos sugiere desde su lenguaje poético ese maravilloso poema que titula «Oración por el tacto». Toda su escritura es la despedida poética de un tiempo, un *Adiós al siglo XX*. Pero aún más, su reflexión poética e íntima se continúa en su poemario *Alfabeto del mundo*, en que hace meditar a «Los árboles» y establece la afirmación contundente de «Soy esta vida».

Los versos de Antonio Machado son pura sugerencia y adentramiento en la línea intensa de la interioridad. Y Pessoa nos desafía con su inaplazable tarea de *pensar*, desde las precisas y hondas elaboraciones de *El Guardador de Rebaños* de Alberto Caero.

La palabra poética, con su ritmo, musicalidad y silencios, es la mejor senda capaz de adentrarnos en los laberintos de la meditación, la oración y la conversación como expresión dialógica y experiencia de lo abierto del ser humano. Esas tres actividades son el signo ya antiguo de nuestra estructuración en la otredad como dimensión ética, su precisa definición y valores personales. Yo soy otro, mi raíz es comunitaria. Por eso mismo, en su *Visión de Anáhuac* de Alfonso Reyes, Rubén Jaramillo expresa con toda belleza en su introducción lo siguiente: «Un pueblo se salva cuando logra vislumbrar el mensaje que ha traído al mundo: cuando logra electrizarse hacia un polo, bien sea real o imaginario, porque de lo real y lo imaginario está tramada la vida. La creación no es un juego ocioso: todo hecho esconde una secreta elocuencia y hay que apretarlo con pasión para que suelte su jugo jeroglífico».

Meditar, orar y conversar son el signo y el camino afirmativo de la estructura dialógica del ser humano; su pasión constitutiva de un proceso que lo dirige a un culmen, al punto omega o la definitiva *subida al Monte Carmelo*, deliciosa figura ésta destinada a habitar el *séptimo castillo interior*, donde se nos revela la presencia del Otro como encuentro y diálogo, nueva presencia comprometida con el silencio. Y así los actos ya históricos de *meditar, orar o conversar* comunican la intimidad y la experiencia del *Espíritu* con lo abierto. Pero antes se han de romper todos los cercos y desafíos de la definitiva escritura previa del destino que nos define. El *Espíritu* siempre se encuentra en estado de investigación de aquello que vendrá, en la luz radiante y sosegada de un porvenir *no sabido*. Por lo cual, habitar la potencia de lo abierto es la maravilla milagrosa de la estructura existencial del ser: habitar el tiempo en la espera de un *novum*, de Alguien que se nos revela en el porvenir, en el centro del punto omega.

¡Feliz Año 2007!
ANTHROPOS EDITORIAL

Ver a un semejante es ver vivir a alguien que vive como yo, que está en la vida a mi manera. Sólo él puede ser sentido en esta implicación de la envidia, porque sólo él puede estar implicado en mi vida. Y es que al ver al semejante no le vemos objetivamente en el espacio físico, sino que siento su vida en mi vida. Ver adecuadamente al semejante es la prueba suprema de la visión.

Todo ver a otro es verse vivir en otro. En la vida humana no se está solo sino en instantes en que la soledad se hace, se crea. La soledad es una conquista metafísica, porque nadie está solo, sino que ha de llegar a hacer la soledad dentro de sí, en momentos en que es necesario para nuestro crecimiento. Los místicos hablan de la soledad como algo por lo que hay que pasar, punto de partida de la «ascesis», es decir, de la muerte, de esa muerte que hay que morir, según ellos, antes de la otra, para verse, al fin, en otro espejo.

La visión del prójimo es espejo de la vida propia; nos vemos al verle. Y la visión del semejante es necesaria precisamente porque el hombre necesita verse. No parece existir ningún animal que necesite contemplar su figura en el espejo. El hombre busca verse.

Sólo al verme en otro me veo en realidad, sólo en el espejo de otra vida semejante a la mía adquiero la certidumbre de mi realidad. Creer en la realidad de sí mismo no es cosa que se dé sin más, parece ser que es certidumbre recibida de un modo reflejo, porque creo en mí y me siento vivir de verdad, si me veo en otro. Mi realidad depende de otro. Y esta trágica vinculación engendra, a la vez, amor y envidia. De la soledad, de la angustia, no se sale a la existencia en un acto solitario, sino a la inversa, de la comunidad en que estoy sumergido, salgo a mi realidad a través de alguien en quien me veo, en quien siento mi ser. Toda existencia es recibida. Y ya después de esta certidumbre previa, necesaria, donde la envidia acecha, puede advenir la conquista de la soledad. Soledad relativa a los semejantes, desprendimiento de ellos; adentramiento en busca de otros espacios donde, lejos de los hombres, no estoy solo sino ante un espejo más allá del tiempo humano, del que algunos hombres han dado testimonio.

[MARÍA ZAMBRANO, *El hombre y lo divino*]

Había estado frecuentemente buscando una palabra que diera cuenta de mi situación. De repente, me acudió la justa: había estado «secuestrado» progresivamente desde 1911 a 1938. Secuestrado psicósomáticamente: de cuerpo y alma; de entendimiento, secuestrado por dogmas; la voluntad, por normas, preceptos, votos; secuestrado literariamente, por tener que estudiar y hablar casi siempre en latín mediocre, soso, como he dicho.

El hombre del Renacimiento ha perdido la fe sin proponérselo, cual el sol deshace la neblina matinal. Son —naturalmente, espontánea y no maliciosamente— incrédulos.

A medida que yo iba adquiriendo la mentalidad matemática, en privado, ya en mis tiempo de teólogo, y sobre todo en Munich, me hallé naturalmente —sin renegación explícita y brutal— incrédulo. Había perdido la fe, la fe religiosa. Era realmente un pagano.

Exteriormente cumplía con mi profesión religiosa. Pero estaba dentro de un mundo en neblina. Dentro de él, Antiguo y Nuevo Testamento —personas, acontecimientos, palabras, obras— les parecían a tantos y tantos hombres, por millones, el estado natural, propio, perfecto para todo: moral, religión, economía, política... Pero no caían en cuenta de que la técnica, la ciencia matemática, cual potentes rayos, iban deshaciendo su fe. Y todos ellos, sin confesárselo, estaban siendo incrédulos. Estaban perdiendo la fe.

[JUAN DAVID GARCÍA BACCA, *Confesiones. Autobiografía íntima y exterior*]

Mucha poesía ha sentido la tentación del silencio. Porque el poema tiende por naturaleza al silencio. O lo contiene como materia natural. Poética: arte de la composición del silencio. Un poema no existe si no se oye, antes que su palabra, su silencio.

El silencio se quiebra
en trino por tres veces
y la materia de la música
ya no es sonido sino transparencia. [...]

Y todo lo que existe en esta hora
de absoluto fulgor
se abrasa, arde
contigo, cuerpo,
en la incendiada boca de la noche.

[JOSÉ ÁNGEL VALENTE, *Entrada en materia*]

Oración por el tacto

Toco la tierra con mis manos,
esta tierra sagrada y tan antigua
adonde mis padres me trajeron.
Trato de palparme en su materia,
en el milagro de estar vivo,
—es mi oración por el tacto.
Nunca sabré dónde termina y yo comienzo,
qué de mi cuerpo ya no es suyo,
cuánto guarda mi voz de su silencio.
Sólo tengo esta vida
que dentro de ella erró dormida por los aires
hasta que vio la luz con mis retinas
y hoy me apura los pasos.

Palpo la noche de quienes me preceden,
el futuro que atisban desde un tiempo remoto
y aclara mis anteojos.

Toco la tierra que yo soy, que he sido,
la que habla por mi boca y mira por mis ojos,
la que ahora mismo, con mi lápiz,
escribe las letras de esta página.

Al palpar lo que palpo hablo con alguien,
me aferro a su raíz en lo invisible,
—es mi oración por el tacto.
Soy el que va soñando entre las cosas,
la lumbre que se encarna de este sueño
y tierra viva, palabra de la tierra,
un ínfimo fragmento de su espejo,
jamás en el espacio nos hemos separado.
Guardo en su seno mi máscara de arcilla,
mi guitarra enterrada...
Dentro o fuera de mí la reconozco,
en cuanto siento o miro,
en el asombro de estar despierto no sé cómo,
a bordo noche y día de esta errancia sin término
en la gravitación de la galaxia.

[EUGENIO MONTEJO, *Adiós al siglo XX*]

Adivina lo que quiero
decir con lo que te digo.
Te doy la madeja,
saca tú el ovillo. [...]

—¿Mas el arte?...
—Es puro juego,
que es igual a pura vida,
que es igual a puro fuego.
Veréis el ascua encendida. [...]

Enseña el Cristo: a tu prójimo
amarás como a ti mismo,
mas nunca olvides que es otro.
Dijo otra verdad:
busca el tú que nunca es tuyo
ni puede serlo jamás. [...]

La primavera ha venido.
Nadie sabe cómo ha sido.

Era un niño

Era un niño que soñaba
un caballo de cartón.
Abrió los ojos el niño
y el caballito no vio.
Con un caballito blanco
el niño volvió a soñar;
y por la crin lo cogía...
¡Ahora no te escaparás!
Apenas lo hubo cogido,
el niño se despertó.
Tenía el puño cerrado.
¡El caballito voló!
Quedóse el niño muy serio
pensando que no es verdad
un caballito soñado.
Y ya no volvió a soñar.
Pero el niño se hizo mozo
y el mozo tuvo un amor,
y a su amada le decía:
¿tú eres de verdad o no?
Cuando el mozo se hizo viejo
pensaba: todo es soñar,
el caballito soñado
y el caballo de verdad.
Y cuando vino la muerte,
el viejo a su corazón
preguntaba: ¿tú eres sueño?
¡Quién sabe si despertó!

[ANTONIO MACHADO, *Poesías completas*]

Hay suficiente metafísica en no pensar en nada.

¿Qué pienso yo del mundo?
¡Qué sé yo lo que pienso del mundo!
Si me pusiese enfermo, lo pensaría.

¿Qué idea tengo yo de las cosas?
¿Qué opino de las causas y los efectos?
¿Qué he meditado sobre Dios y el alma
y sobre la creación del Mundo? [...]

¿El misterio de las cosas? ¿Qué sé yo lo que es el misterio?
El único misterio es que haya quien piense en el misterio. [...]

Pensar en el sentido íntimo de las cosas
es superfluo, como pensar en la salud
o llevar un vaso al agua de las fuentes.
El único sentido íntimo de las cosas
es que no tienen ningún sentido íntimo. [...]

Lo que vemos de las cosas son las cosas.
¿Por qué habíamos de ver una cosa si hubiese otra?
¿Por qué ver y oír sería engañarnos
si ver y oír son ver y oír?

Lo esencial es saber ver,
saber ver sin estar pensando,
saber ver cuando se ve,
y no pensar cuando se ve,
no ver cuando se piensa.

Pero esto (¡tristes de nosotros que llevamos el alma
vestida!),
esto exige un estudio profundo,
un aprendizaje de desaprender
y un secuestro en la libertad de aquel convento
del que los poetas dicen que las estrellas son las monjas
eternas
y las flores las penitentes convictas de un solo día,
pero donde después de todo las estrellas no son más que
las estrellas
ni las flores otra cosa que flores,
y por eso es por lo que las llamamos estrellas y flores.

[FERNANDO PESSOA, *Antología poética. El poeta es un fingidor*]

Los árboles

Hablan poco los árboles, se sabe.
Pasan la vida entera meditando
y moviendo sus ramas.
Basta mirarlos en otoño
cuando se juntan en los parques:
sólo conversan los más viejos,
los que reparten las nubes y los pájaros,
pero su voz se pierde entre las hojas
y muy poco nos llega, casi nada.

Es difícil llenar un breve libro
con pensamientos de árboles.
Todo en ellos es vago, fragmentario.
Hoy, por ejemplo, al escuchar el grito
de un tordo negro, ya en camino a casa,
grito final de quien no aguarda otro verano,
comprendí que en su voz hablaba un árbol,
uno de tantos,
pero no sé qué hacer con ese grito,
no sé cómo anotarlos.

Soy esta vida

Soy esta vida y la que queda,
la que vendrá después en otros días,
en otras vueltas de la tierra.

La que he vivido tal como fue escrita
hora tras hora
en el gran libro indescifrable;
la que me anda buscando en una calle,
desde un taxi
y sin haberme visto me recuerda.

Ya no sé cuándo llegará, qué la detiene;
no conozco su rostro, su cuerpo, su mirada;
no sé si llegará de otro país
—en un tapiz volante—
o de otro continente.

Soy esta vida que he vivido o malvivido
pero más la que aguardo todavía
en las vueltas que la tierra me debe.
La que seré mañana cuando venga
en un amor, una palabra;
la que trato de asir cada segundo
sin saber si está aquí, si es ella la que escribe
llevándome la mano.

[EUGENIO MONTEJO, *Alfabeto del mundo*]